



José Ovejero
Añoranza del héroe



JOSÉ OVEJERO

Añoranza del héroe

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2018

© José Ovejero, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 20236-2018
ISBN: 978-84-17355-69-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El parecido con la realidad es inevitable a la vez que deseado. Lo mismo sucede con las diferencias.

PRIMERA PARTE

I

Acaso Neftalí Larraga no fuera un hombre valiente. Que en algunos momentos de su vida se comportase de manera heroica, incluso podría atribuirse a una cierta debilidad de carácter. De hecho, muchos años más tarde, cuando Neftalí era un anciano cargado de hijos, recuerdos, añoranzas y pesares, su hermano Miguel lo describió como un hombre pusilánime, lo que a sus ojos explicaba sobradamente que Neftalí no hubiese abandonado Cuba tras la revolución, para buscar ese Eldorado que buena parte de su familia halló en las empresas de confección de Miami.

Probablemente la historia de Neftalí se habría ido perdiendo en el tiempo si Ramón, uno de sus nietos, no se hubiese empeñado en descubrir el rastro de ese individuo del que jamás se hablaba en casa. Al principio fue sólo curiosidad lo que le llevó a indagar por su abuelo, tema tabú en la familia, de quien sólo sabía que había sido un revolucionario cubano, que también había luchado en la guerra civil española. Ramón se enorgullecía del abuelo revolucionario, no inmune a esa frecuente desfachatez que permite a las familias considerar patrimonio propio las medallas y laureles obtenidos por sus antecesores, sin haber movido un dedo para ganarlos. Además, le atraía el aura de misterio que rodeaba al mítico antepasado: ¿por qué callaban todos sobre él? ¿De dónde venían, de qué dolor, de qué recuerdos, los suspiros de su abuela cuando se mencionaba el nombre de Neftalí? ¿Y por qué Lidia, la madre de Ramón, guardaba a Neftalí ese silencioso rencor?

Es media tarde de un sábado allá por mayo de 1980. Ramón y Amparo están sentados en la terraza del chalet, construido por los padres de Ramón, obreros venidos a más, durante los sábados y domingos de varios años en una de las parameras que rodean Madrid. La terraza encalada está orientada para aprovechar el sol de la tarde en los días aún no demasiado calurosos. Amparo, que no vive allí, pero suele pasar con su hija los fines de semana, ha salido cargando una fuente de judías verdes a las que va a quitar las hebras, y algo indefinible, quizás un peso injusto, que porta siempre sobre los hombros y hace sentirse culpable a quien la trata, como si en el fondo uno pudiese aligerarla de ese peso con sólo intentarlo. Pero Ramón sabe que la carga pertenece exclusivamente a Amparo, e incluso intuye que el gesto de cansancio podría ser un truco, una manera de atravesar la vida sin que nadie se atreva a exigir demasiado de ella, pues bastante tiene con tal carga.

–Abuela...

–Sí, prenda.

–Oye...

–Dime, corazón. –Amparo comienza a quitar las hebras y los extremos de las judías con movimientos rutinarios pero precisos.

–Nunca me has hablado de mi abuelo.

Amparo se sobresalta y gira la cabeza, temerosa de los oídos fiscalizadores de su hija. Pero enseguida finge indiferencia y vuelve a los sólitos suspiros de reproche que no llegan a concretarse en uno.

–Ay, hijo, qué te voy a contar.

–¿Por qué se fue?

Él esperaría un gesto de dolor, un suspiro, ese sí, de auténtico pesar, un disimulado morderse un labio, una mirada por un segundo borrosa. Pero es rabia, no contra Neftalí, sino contra la historia de España, la que rezuma su respuesta.

–¿Cómo no se iba a ir, pobrecito mío, si el enano cabezón estaba entrando en Madrid? Anda que se andaba con chiquitas el jodío esperpento, Dios, qué malo, Padre Santo, cuánto daño y cuánta sangre, anda que si me quedo unos días más en Castellón me pillan a mí también.

Aunque al nieto no le interesa que el argumento se ramifique y, sobre todo, que se aleje de los avatares de Neftalí, la curiosidad es más fuerte que la voluntad e indaga más detalles.

—Pues que lo veía venir —responde Amparo, y ahora sí deja las judías de lado para concentrarse en la historia—. Vivíamos la niña y yo en casa de unos amigos, porque Neftalí estaba en Madrid, y para mí que la cosa andaba muy mal, porque me decían que no, que no, pero yo como que ya veía a los moros en Castellón, que buenos pedazos de bestias estaban hechos los moros, y decía a Tomás, Tomás el de la tuerta —aclara como si fuese un conocido del nieto—, «que van a entrar y nos van a hacer escabechina, mira, yo me cojo a la niña y me voy a Valencia». —Y mientras lo cuenta se encoge un poco, recordando acaso escalofríos antiguos, y hace un gesto truncado como si fuese a abrazar a su niña en el regazo no se sabe si para protegerla o para confortarse, pero luego una sonrisa se abre paso y después una risa y un sacudir la cabeza con regocijo antes de ponerse a imitar al tal Tomás, el de la tuerta—: «Amparo, calla, quieres mu fascista y mu mala, andequevantrar, Amparo, quieres mu fascista». —Entonces sí es pesar, no una ligera tristeza, sino un dolor ya enraizado en la existencia de Amparo el que se posa sobre esa sonrisa, incluso sobre la de Ramón (que aún ignora la causa, pero intuye un desgarró, una herida ausente de la vida blanda de hijo de *selfmade man* que no sabe de otros dolores que los miedos infantiles y las traiciones adolescentes) y Amparo asiente, cierra los ojos, los reabre a pesar de todo sin lágrimas, para afirmar como quien ya se ha resignado y sabe no sólo que fue así, sino también que será así muchas veces más, pues la vida está hecha de derrotas que uno se esfuerza en ignorar—: Vaya si entraron, Dios Santo, los muy maricones, que los ponían en fila y no dejaban uno, pobrecitos, que no habían hecho na de na, pero al jodío espantajo eso le daba igual, no dejaba uno vivo, qué lástima, hijo mío, qué lástima.

—¿Y al abuelo, cómo le conociste?

—Hijo, ya ni me acuerdo, no sé, él era soldado ahí en Campamento.

Ramón aguza los oídos porque en esa historia importa más lo que se calla que lo que se dice, y sabe que el encogimiento de

hombros de Amparo es una mentira: ella está poniendo esa cara de no haber roto un plato que saca de no se sabe dónde cuando desea ocultar algo y que durante años le ha permitido estar libre de toda sospecha de las numerosas sisas y los frecuentes hurtos cometidos en las casas donde servía. Lidia odia los regalos con que su madre se descuelga de vez en cuando.

–Mira lo que te he traído, mi amor.

–Mamá, por Dios. Vas a acabar en la cárcel.

–Anda ya. Si ella ni sabe lo que tiene.

–Pero ¿qué necesidad tienes de robar?

Amparo devuelve a su hija una mirada ofendida.

–Eso no es robar.

Ramón se queda con el oído aguzado a ver si se traiciona, esperando por fin desentrañar uno de los mayores secretos de la historia, dónde y en qué circunstancias Amparo Pinzón conoció a Neftalí Larraga, circunstancias sin duda nada habituales porque si no, a qué viene tanto silencio, tanto fingir.

Pero Amparo jamás se traiciona. Durante su vida ha resistido con éxito los interrogatorios de la Guardia Civil y las no menos implacables inquisiciones de su madre, mujer piadosa preocupada por el alma, y aún más por la fama, de su hija.

–¿Por dónde has andado hoy, Amparo?

–Por ahí, madre.

–Por ahí andan los perros.

–Pues yo también, madre.

–Dime dónde has estado.

–Ya se lo he dicho. Por ahí.

No hay forma. Sus hermanas la llamaban «la sota», por su descaro, y todavía cuentan riendo que era Amparo la que siendo muy chica ayudaba a la familia a sobrevivir con pequeñas sustracciones de las casas en que servía. Y que no le preguntasen adónde iba cuando los amos la veían echar calle adelante con un cántaro al costado, porque su indefectible respuesta era «Donde me dé la gana», y seguía caminando con el cántaro lleno de aceite, o un trozo de chorizo en el regazo, o un pan, o lo que fuese, que no eran tiempos de hacer remilgos. Y más gracia les hace aún recordar que una vez la dueña de la tienda en que trabajaba,

todavía niña, la sorprendió escapándose con más de una vara de paño, y Amparo, sin achantarse ni un momento, justificó el hurto afirmando que la Virgen le había pedido que le cosiese un manto.

—¿Y te dijo la Virgen que se lo hicieses con mi paño?

—Tanta explicación no me dio. Pero como yo no lo tengo, lo cojo de donde lo hay. A ver.

Así que prosigue, retoma el hilo que había perdido previamente sin inmutarse.

—Cómo lloraba el pobrecito cuando tuvo que irse. —Vuelve a controlar que Lidia no anda en las cercanías—; tu madre no le ha perdonado, anda que es más dura, ella no entiende lo que pasábamos entonces, era una niña.

—Pero en Cuba tuvo otra mujer, ¿no?

—Hijo, y qué iba a hacer si el encanijao no le dejaba regresar, Dios, qué bicho más vengativo. Bien guapo que era Neftalí —afirma Amparo como si quisiese explicar que allá donde fuese habría una hembra para derretirse por los huesos de varón tan apuesto.

—¿Os escribíaís?

Amparo asiente.

—¿Y guardas sus cartas?

—No, se perdieron en alguna mudanza. Con lo que hemos recorrido, a ver —dice, pero otra vez esos ojos como de ir a comulgar ponen al nieto sobre aviso: una mentira más.

—Él estaba en los suministros.

—¿Qué es eso?

—Con el camión, trayendo cosas a Madrid.

—Ah, no estaba en el frente. —O sea, que Neftalí no se encontraba en las trincheras ni atacando el Cuartel de la Montaña, sino sentado detrás de un volante. Vaya héroe. Pero enseguida se lo imagina lanzándose a toda velocidad hacia un control de los nacionales, balas haciendo añicos los cristales, Neftalí decidido a pasar, porque el hambre ha comenzado a roer ya las esperanzas en Madrid, y la fruta, la leche, el pan, la carne de cordero son más necesarios que las balas; sin balas pero con esperanza la lucha es posible, a palos con los moros y los legionarios, a pedra-

das con requetés y falangistas; sin embargo, la combinación contraria es la antesala de la derrota.

El timbre del teléfono interrumpe la conversación. Amparo se incorpora.

–Ya voy yo, hijo –dice, y Ramón la deja ir, sumido en su ensueño, preparando nuevas preguntas que le confirmen la heroicidad sin tacha de Neftalí Larraga. ¿Cuántas medallas obtuvo Neftalí? ¿Qué grado alcanzó durante la guerra? ¿Le hirieron alguna vez? ¿Cómo huyó de España cuando cayó Madrid? ¿Por qué no te fuiste con él, abuelita, cómo es que te separaste de Neftalí si acababais de tener una hija, si os queríais con ese amor que la derrota compartida hacía crecer?

Amparo vuelve, pero no para responder. Desde el umbral mira hacia fuera, a lo lejos, como si se hubiese olvidado de Ramón, que no se atreve a formular pregunta alguna, cohibido por esa mirada, ese quedarse ahí entremedias, como en suspenso, indecisa, sin pensar siquiera en decidirse, lejos, lejos de Ramón y de ese chalet de nuevo rico en el que vive su hija, en algún lugar que sólo ella conoce.

–¿Abuela?

Y ella mira, ahora sí, al nieto, con las manos en el regazo y una cabeza ladeada de pájaro moribundo, y la resignación que otra vez cubre a Amparo como un moho...

–¿Abuela?

... alarmado Ramón, verdaderamente inquieto, pues nunca la ha visto así e intuye la catástrofe, el dolor que llega abriéndose paso a través de ese callar terco de Amparo, y que cuando encuentra una vía de escape ya no es el grito ni el llanto: Amparo lo ha aguantado dentro de sí, como ha hecho con todas las desgracias que fielmente la han acompañado durante su vida, perros cochambrosos y devotos, hasta poder dominarlo, empujarlo mansamente hacia el exterior con dos palabras suaves, casi indiferentes:

–Ha muerto.

No comprende Ramón, se queda mirándola pensando que se va a desmayar pero sin hacer caso de sus palabras. Amparo hace un esfuerzo e insiste.

—Tu abuelo ha muerto.

A Ramón le recorre un breve escalofrío y se olvida de Amparo para considerar que han pasado tantos años sin hablar de Neftalí Larraga, y el día en que por fin se deciden, Neftalí, a varios miles de kilómetros de distancia, resuelve morirse, como si hubiera necesitado que Ramón y Amparo pronunciasen su nombre para poder largarse tranquilo de este mundo. Tan sorprendido está que casi dice «lo que son las cosas», pero se calla la banalidad, vuelve su atención a la abuela, allí parada, con una expresión impenetrable de pescadito.

—Ha llamado una de sus hijas. Murió del corazón. Estaba muy enfermo.

Y entonces sí. La coraza se desmorona con una sacudida que atraviesa a Amparo, y a sus ojos asoma un brillo enrojecido.

—Había dicho hace unos días que iba a llamarnos por teléfono. Pobrecito. Pobrecito mío.

Ramón, tímido, torpe, inseguro, no se decide a levantarse para abrazar a Amparo, a sujetarla contra el pecho para que rompa a llorar de una maldita vez, sino que confuso, casi avergonzado de estar allí, se queda sentado sin atreverse a rozar ese cuerpo que ahora parece mucho más blando que unos minutos antes, más inerme, más vulnerable. Por fin Amparo suspira, se da la vuelta, dice «voy a contárselo a tu madre», y se aleja, otra vez con ese peso invisible que arrastra por la vida como si fuese lo único que realmente le pertenece.

¿Qué quedará de esos años, de esas vidas, de todos esos recuerdos? Al ver a Amparo entrar en la casa con paso cansino, derrotado, Ramón piensa que no quedará nada, que cuando Amparo muera nadie sabrá de sus amores, de sus esperanzas, de sus pequeños secretos; y Neftalí, el héroe, también se borrará de las memorias, el olvido se encargará de ir royendo su imagen ya difusa. A Ramón le duele ese olvido como si fuese un anticipo del que le cubrirá a él, y decide no permitirlo.

Sin ese momento, sin esa casualidad que impulsó a Ramón a indagar el pasado de su abuelo, a dejar constancia de él, la historia de Neftalí no sería historia, sino, a lo sumo, un par de fotos en un álbum de familia. Como la mayoría de nuestras vidas.

Neftalí Larraga llegó a Barcelona en un barco de pasajeros procedente de las islas Bermudas el 26 de mayo de 1932. Llevaba consigo tres mudas de ropa, unos pocos pesos y el susto que le metieron en el cuerpo los disparos de la guardia rural y las subsiguientes carreras a través de una noche huracanada mientras huía del odio alquilado de los guardias.

Había comenzado la lucha contra Machado a los dieciséis años sin ser demasiado consciente de ello. Más que una elección ideológica fue un lento resbalar, el juntarse con unos amigos del Central Preston algo mayores que él y que resultaron estar conspirando con más rabia que planificación contra la dictadura. Cuando le revelaron sus actividades y le preguntaron si estaba con ellos o si iba a seguir soportando como un cobarde la opresión del dictador y la servidumbre a los americanos imperialistas, malditos sean, Neftalí no iba a quedar allí como un huevón, y dijo, abajo el imperialismo, muerte al dictador, consignas que fueron seguidas por una noche de ron, y de infame gualfarina cuando este faltó, salpicada de promesas de amistad eterna; ebrios de alcohol y entusiasmo revolucionario, los conspiradores se llevaron al nuevo conjurado a Mayarí, a un prostíbulo que quedaba al final de una ancha calle, embarrada por la reciente crecida del río, donde Neftalí Larraga hizo por primera vez el amor, si así se puede llamar a la eyaculación que consiguió retener justo hasta haber entrado en el cuerpo blando, sudoroso, pero no por ello desagradable, todo lo contrario, familiar, inocuo, de una mulata pequeña aunque de proporciones armoniosas que no hizo comentario alguno sobre el gatillazo, sino que se levantó a lavarse con el agua de color y turbiedad más bien sospechosos que había en una palangana desportillada, y le dijo «vuelve cuando quieras, mi amor», antes de irse escaleras abajo entonando con voz algo nasal, pero con mucho sentimiento y acaso con un deje de ironía, ese son que dice «suavecito, suavecito, suavecito es como se goza más».

Neftalí se quedó un rato en la cama, temeroso de que su reaparición demasiado rápida diese lugar a comentarios jocosos de los camaradas. Cuando le pareció conveniente, bajó al salón y continuó bebiendo hasta que la euforia y el cansancio lo lleva-

ron a reñir con un parroquiano que osó afirmar que los cubanos debían estar eternamente agradecidos a los yanquis, pues con los españoles la isla había sido un lugar de mierda, lleno de plantaciones y de iglesias podriditas de curas, pero gracias a los americanos ahora la gente ya no tenía que pasar el domingo en misa; los americanos, sí señor, los jodidos yanquis, Dios los premie, estaban convirtiendo la isla en un gran burdel, rebosante de putas, pronto habría más putas que mineros en la isla a pesar de la abundancia de cobre y hierro, y, gracias a la ley de la oferta y la demanda, a precios asequibles incluso para un muerto de hambre como él mismo, ya le dirían si no era eso luchar por la igualdad de oportunidades y la justicia social, o sea, que conminaba a todos los presentes a brindar por tan augustos benefactores, después de lo cual subiría a echar el tercer palo de la noche a la primera que se lo pidiese.

Neftalí, que tenía dieciséis años y la primera auténtica borrachera de su vida, se fue a él sin mediar palabra y le asestó una puñada en medio de la boca, lo que, en lugar de conseguir el silencio y la paz, levantó un guirigay de risas, blasfemias, insultos, alabanzas, todo mezclado, todo dando vueltas por su cabeza sin ancla. Nada más recordaba Neftalí de la noche de su bautismo revolucionario. No averiguó, hasta años más tarde, que las pocas trompadas allí repartidas serían decisivas para el resto de su vida. Apenas el agredido, mayoral del central azucarero y conocido como soplón de la «porra», se recuperó de los golpes y el alcohol, comenzó a hacer averiguaciones sobre la identidad de ese niño que le había puesto en ridículo donde él acostumbraba a presumir de bravo. Tardó más de un año en descubrir sus señas, pero la ira no se calmó en ese tiempo, sino que lo utilizó para ir falseando los hechos en la memoria y buscar excusa al crimen.

Poco antes de entrar en el cada vez más nutrido círculo de conspiradores –no sólo los obreros y campesinos buscaban la caída de Machado, sino también las clases medias empobrecidas, los estudiantes escandalizados, los militares relegados, y hasta los hombres de negocios, que veían perderse sus privilegios y beneficios en manos de un pequeño círculo de allegados al

dictador y en las de propietarios americanos–, Neftalí había conseguido un trabajo de estibador en el Central Preston, propiedad de la poderosa United Fruit Company.

Aunque el trabajo era duro y mal remunerado, Neftalí no lo soportaba con gesto de resignación bovina, como tantos de sus compañeros, quienes parecían haberse conformado con que detrás de cada costal se oculta otro idéntico y la vida es una repetición de los mismos gestos y afanes. Para Neftalí el estibado no era más que un paso necesario y breve hacia tareas más dignas, más emocionantes. Así, se iba a cada saco, a cada hatillo, con la alegría y urgencia de quien tiene prisa por terminar la labor; a Neftalí, con sus dieciséis años, ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que su futuro pudiese limitarse a la carga y descarga de mercancías. Jugaba a imaginar que iba a La Habana, ciudad mítica para su juventud en la que algún día, se juraba, pasearía orgulloso: no soñaba para sí un futuro de ternos refulgentes al sol bajo la sombra clemente de un panamá, ni con verse acosar por las prostitutas atraídas como moscas por la miel de sus bolsillos repletos, ni con leer el periódico bajo el portal de un café mientras le embetunan el calzado; no se veía al volante de un abigarrado Ford, tampoco jugando dominó en el Centro Asturiano, ni codeándose con los poderosos o besando la enojada mano a sus esposas. Él se conformaba con un modesto y glorioso futuro de libertador; no serían prostitutas las que quisieran acostarse con él, sino campesinas las que buscarían su abrazo.

Tampoco tenía claro –pero le daba igual– qué podía hacer en el futuro, sabiendo apenas escribir y leer, dotado de un cuerpo robusto como única herramienta para transformar el mundo. Dieciséis años eran, que aún le permitían una conmovedora ignorancia de la tenacidad del dinero, de la sociedad, de la historia. Y el hecho de que muy pronto le ascendieran a conductor de camión, para lo que tuvo que ocultar la edad, parecía confirmarle que su vida estaba bien encaminada.

Durante los meses siguientes la lucha contra Machado adoptó la forma más bien inofensiva de reuniones en casa de Gabriel, un colega de mirada aviesa que había pasado una tem-

porada en la cárcel por patear a un capataz. En dichas reuniones abundaban el fervor y los juramentos, las críticas aplastantes al régimen aderezadas con amenazas a un enemigo invisible: las palabras sustituían modestamente las obras que nadie sabía cómo realizar.

También se leían en voz alta, muertos de envidia, las noticias que traían los periódicos sobre las actividades revolucionarias en otras ciudades, como Sagua la Grande, donde no había semana en que no se descubriera un alijo de armas o estallase, si bien con más ruido que efecto material, algún artefacto casero que, por desgracia, la prensa no describía en detalle; al no haber en el grupo artificiero, militar ni pirotécnico, jamás fueron capaces de emular tales hazañas subversivas. El día que llegó la noticia de que un puñado de insurrectos había tomado las armas en Pinar del Río y otro acababa de desembarcar en el no muy lejano puerto de Gibara llevando una carga de cientos de fusiles, ametralladoras y numerosa munición, Neftalí y sus cómplices planearon diferentes formas de conseguir armamento para unirse a los insurgentes sin resultar un estorbo.

No les dio tiempo a realizar sus planes. A lo más que llegaron fue a robar unos cartuchos de dinamita en las minas de hierro, que irían desmoronándose en un sótano húmedo hasta volverse completamente inutilizables. Pronto llegaron noticias más precisas de los levantamientos. El de Pinar del Río fue organizado por algunos destacados miembros del Habana Yacht Club, que fueron detenidos sin que se disparase un solo tiro después de que vagaran casi una semana, al parecer extraviados, por los cenagales de Río Verde. Bastaron un comandante y cuatro soldados para detener a los insurgentes. Tampoco el intento en Gibara fue más eficaz, aunque sí más sangriento.

En el grupo de Neftalí reinaba el desconsuelo. Leyeron una y otra vez las noticias, lamentándose por cada uno de los errores cometidos.

–Valientes rebeldes los del Yacht Club. Ni un tiro dieron los muy pendejos.

–Revoluciones de ricos –sentenció otro.

–Aficionados –se atrevió a intervenir Neftalí.

–Imagina, esos barrigones vadeando la marisma.

–Si no los saca el ejército se ahogan ellos solitos.

–Lo que hace falta son líderes del pueblo.

–Por eso los matan en cuanto despunta uno. Mira lo que le hicieron a Mella.

Los siguientes meses fueron de tensa expectación. Se hablaba de la huelga general, de los efectos de la Ley de Emergencia Económica que aumentaba los impuestos al consumo, de los bajos salarios, del hambre. Pero aún pocos soñaban con la revolución. Lo más que se atrevían a esperar la mayoría de los cubanos era que Machado, saciado en su rapiña, decidiese abandonar el país para disfrutar su riqueza en latitudes más tranquilas. En las ciudades sí parecía el descontento llevar a la acción, aunque desordenada. Allá alborotaban los estudiantes, estallaban petardos, se firmaban manifiestos y denuncias, cundía el grupo rabioso de los conspiradores, al tiempo que la «porra» hacía desaparecer sospechosos, torturaba indefensos, distribuía favores y jurisdicciones. Mayarí, pueblo de Oriente de dos calles alineadas a lo largo de un río, que vivía tan sólo de la caña y la madera, separado de Santiago por monte y manigua y de La Habana por varios cientos de kilómetros, distancia que parecía insalvable entonces, cuando aún no estaba construida la Carretera Central y los puentes que comunicaban el pueblo con polvorientas sendas quedaban sumergidos en época de crecida, se preocupaba más por la inminente subida de las aguas que por la política nacional, aunque huelgas puntuales, de motivación económica, agitasen irregularmente el azúcar y la minería. El grupo de Neftalí fue disolviéndose por inercia sin que ninguno se detuviese a analizar el fracaso ni las alternativas.

Por eso sorprendió tanto a Neftalí, quien había participado en todo aquello como en un juego del que ya se iba olvidando, que una noche le despertase un perentorio aporrear a su puerta; sintió miedo: era de madrugada y tanta prisa no presagiaba nada bueno, pero abrió de todas formas.

–Ha habido un atentado. Te buscan, Neftalí –le dijo un negro jadeante al que no había visto en su vida, y que llevaba al cinto una rotunda guámpara de cortador de caña. Neftalí observó con

aprensión el oxidado machete que colgaba, vagamente amenazante a tal hora de la madrugada, al costado del negro. Buscó en los ojos del interlocutor reflejo de alguna intención aviesa, pero sólo descubrió impaciencia y temor.

–Pero si no he hecho nada –repuso Neftalí, pensando aún que el negro se equivocaba de persona–. Soy Neftalí Larraga.

–Justamente. Hay uno que va por ti, te quiere oler la sangre. –El negro miró a sus espaldas, y, como si hubiese descubierto la cercanía de sus perseguidores, salió corriendo calle abajo, dejando a Neftalí en calzoncillos ante la puerta abierta, quien sudaba y tiritaba a un tiempo, y se decía estará borracho ese negro, o loco, probablemente loco, pobre, la zafra los deja a todos tocaos, no me extraña, debe de ser un trabajo de mierda. Pero mientras así razonaba se iba vistiendo, luego echando sus pocas pertenencias en un mantel con el que hizo un hato, y apenas se había alejado de la casa doscientos metros cuando oyó disparos a sus espaldas, que no silbaron o sea que aún no le habían visto, y esa noche comenzó la huida por Oriente de Neftalí Larraga, cuyo único delito hasta entonces era haber denostado en privado al dictador y sus valedores extranjeros.

Desconectado de sus amigos, temeroso de ir a buscarlos, pues no tenía idea de qué les había acontecido ni de quién le había denunciado –y jamás se le ocurrió buscar al responsable en aquel capataz al que agrediese en un burdel, que por fin había dado con él y con la posibilidad de vengarse, tras reconocerlo al volante del camión–, desconocedor de estrategias de resistencia, desarmado, muerto de miedo después de que una noche oyese nuevos disparos que esa vez sí silbaron, Neftalí tomó la única decisión razonable que podía tomar en ese momento: poner mar de por medio. Le pareció que España era un destino relativamente seguro. Además, sus padres procedían de un pueblo español, del que salieron, con la madre ya embarazada del primogénito, buscando un lugar de más fortuna para sus hijos; en caso de necesidad, sabría adónde acudir para buscar ayuda.

Echó a andar, entonces, de regreso hacia Preston, se llegó a casa de los padres, a quienes explicó la gravedad de la situación, haciéndoles creer que lo perseguía un marido celoso, para silen-

ciar sus actividades subversivas, y tomó, avergonzado pero también agradecido, las monedas que le dio el padre con mirada severa y desconfiada, el hato de ropa y comida que la madre le entregó entre gimoteos que a Neftalí parecieron si no fingidos, algo forzados, y las advertencias y reproches velados con que lo despidieron ambos.

Caminando por la noche y durmiendo por el día en hondonadas ocultas a la vista desde los caminos, o entre las cañas de azúcar con la callada complicidad de algún guarda jurado, como haría varios años más tarde en parecidas circunstancias, Neftalí llegó a Santiago, donde, después de despedirse de la Virgen del Cobre, no porque fuese particularmente religioso, sino porque había nacido casi al pie de la basílica, y regresar allí antes de partir para España era como despedirse de un golpe de todos los recuerdos infantiles, se enroló en el primer buque que partía para las Bermudas; no hizo más que bajar a tierra, buscar otro navío y volverse a embarcar, porque las Bermudas no eran ni una cosa ni otra, ni la libertad ni la prisión, sino un anodino destierro sin pena ni gloria. A Neftalí, que había cumplido dieciocho años, quedarse en esas islas insulsas le habría parecido una renuncia, incluso una humillación.

Llegó al puerto de Barcelona una tarde de mayo de brisa aún fresca, donde se quedó, desorientado y temeroso, sin saber adónde dirigirse. Al fin echó a andar con su exiguo petate al hombro, cuesta arriba, pues pensó que el centro de la ciudad estaría allá hacia el monte, recordando oscuras historias de piratas y asedios, de las que había aprendido que no hay ciudad que pueda defenderse desde una playa o un bajío.

Si años después se le preguntaba a Neftalí qué había hecho durante sus primeros meses en Barcelona, su respuesta era un encogimiento de hombros y «chico, andar por ahí»; de aquellos días no le quedaba más memoria que retazos de imágenes sin orden ni concierto y una vaga sensación de temor, que no sabía a qué atribuir. Además, recelaba que ese período iba en desdoro de la imagen de héroe que se había ido ganando, y prefería no entrar en detalles, reduciendo aquellos meses a un par de frases de sabor épico:

«Con tres mudas de ropa y sin un centavo, arribé a Barcelona, el 26 de mayo de 1932. Cobré un cheque por cuarenta pesos, girado por mi padre, único capital con que contaba para enfrentarme a la vida. Después de haber transcurrido seis meses de mi llegada –sin trabajo, sin hogar y sorteando infinitas dificultades– no me quedó otra alternativa que aprovechar el ofrecimiento de un militar español...».

Así afirma Neftalí en uno de los pocos escritos que sobrevivieron a la hoguera que ordenara realizar con casi todas sus cartas el día que supo la cercanía de la muerte.

A juzgar por diversos indicios, Neftalí pasó seis meses durmiendo en hoteles de mala muerte, levantándose tarde, para retrasar al máximo el momento de enfrentarse a esas calles ruidosas en las que, inopinadamente, la gente se dirigía a él en un idioma espeso como melaza que no acertaba a entender más que a medias, lo que le llevaba a sonreír, porque él siempre sonreía para defenderse, pero eso no le ayudaba gran cosa, porque la gente allí parecía tener prisa a todas horas, incluso al caer la tarde, y Neftalí andaba a la deriva por sus ramblas empujado de un lado a otro por los urgentes movimientos de sus semejantes. A Neftalí le hubiese gustado dejar la cabeza bajo la almohada, a pesar del calor pegajoso, lo único familiar, y no sacarla hasta mucho más tarde, para descubrir que huele a magnolia y jazmín, que cerca de la ventana se ha parado un sinsonte a entonar su canción esclava, que una pareja de papagayos surcan el cielo desgarrándose en gritos sin causa, porque resulta que todo ha sido un sueño, y mamá llama desde el portal, Neftalí, sal de una vez, ¿tú no sabes qué horas son?

Pero al final se levantaba, qué remedio, se adentraba por aquellas calles como torrentes, y caminaba y caminaba sin atreverse a preguntar por un trabajo, viviendo de café y de dulces que compraba por la calle a mujeres que no le miraban a los ojos como las de allá, sino que parecían siempre pensar en otra cosa, recordar a otro hombre para no ver al que tienen enfrente. Y seguía caminando hasta caer la tarde, cuando se debatía entre volver al hotel –lo que habría significado asumir la derrota, confesar que ese día tampoco había sido capaz de mejorar su situa-

ción— o meterse en alguna taberna, a ver si podía trabar conversación con alguien y, de una cosa en otra, le podría salir una oportunidad, esto es, un trabajo. A veces Neftalí regresaba al hotel, lleno de rabia y de lágrimas contenidas; pero en ocasiones, tras titubear siempre un par de minutos en las cercanías de la puerta, se metía en algún bar, pedía una botella de vino —al principio pedía ron, pero a menudo no tenían, así que acabó haciéndose a esa bebida áspera que tomaban los demás—, y se sentaba expectante a una mesa, con una mirada amistosa e interesada que pretendía ser una invitación a colocarse a su lado y romper a charlar.

Habría podido terminar mal. Desgarrado por una navaja ebria, vapuleado y con los bolsillos aún más vacíos en una calleja de la que jamás sabría el nombre, o con una sífilis que nunca tendría dinero para curarse. A fuerza de esperar, Neftalí tendía a emborracharse, con una ebriedad beatífica, afectuosa, que, entonces sí, le daba fuerzas para acercarse a quien fuese, invitarlo a beber, contarle con todos los detalles que le permitía la lengua abotagada la historia de su vida. A menudo acababa la noche en locales en los que no se hubiese atrevido a entrar cuando sobrio, en calles que habría evitado incluso durante el día, disuadido por los olores y su miseria; confiándose a gente, sobre todo a mujeres, de las que habría huido si el cerebro aún hubiese estado en condiciones de emitir señales de alarma. Hasta tal punto, que una vez que Neftalí se despertó en una cama ajena, en cuarto ajeno, en un mundo que no era el suyo, contempló el cuerpo orondo y que se le antojó verduoso tendido a su lado, aunque quizás era culpa de la luz como pútrida que inundaba el cuarto, y se dijo, Neftalí, chico, te estás yendo de-rechito a la mierda.

Al día siguiente juntó sus últimas pesetas y se dirigió a la estación de tren. Era un viaje de regreso hacia el lugar de procedencia de su familia, Angüés. Neftalí llegó al minúsculo pueblo en un autobús destartado que había cogido en Monzón siguiendo las indicaciones del jefe de estación. A pesar de sus preocupaciones, Neftalí disfrutó el viaje como si fuese el inicio de una gran aventura: los extraños paisajes que fue atravesando

primero en tren y luego en autobús evocaban en él fantasías de descubridor de nuevos mundos. Hasta ese momento sólo había conocido una pequeña parte de Cuba, el mar y Barcelona. Ahora se abrían para él anchísimos ríos, fértiles vegas y, a lo lejos, picos de montañas mucho más elevadas que las sierras que rodeaban su pueblo.

No le fue difícil encontrar la dirección de sus parientes, a los que todo el mundo parecía conocer. Seguido de una bandada de muchachos alborotados por la aparición del extranjero, llegó finalmente a su destino. Una mujer de luto, somnolienta, distante, le abrió la puerta.

—¿Es esta la casa de los Larraga?

La mujer, en lugar de responder, ahuyentó a la chiquillería con grandes aspavientos y chistando repetidamente, como si estuviese espantando gallinas. Miró a Neftalí con más desconfianza que interés.

—¿Quién lo pregunta?

—Neftalí —respondió él como si bastase, acaso esperando que el parentesco acabara de revelarse a través de la voz, de un gesto, de sus rasgos—. Neftalí Larraga —añadió por fin, al ver que ella no reaccionaba.

—Éramos pocos y parió la abuela —le dijo a él para añadir gritando hacia el interior—: ¡Madre! ¡Madre, salga un momento!

Con esfuerzo algo histriónico subió una vieja los escalones que separaban la calle del umbrío interior de la casa. Guiñando los ojos como un prisionero que lleva meses sin ver el sol, la anciana, de luto riguroso en las ropas y el gesto, escrutó la azorada expresión de Neftalí.

—Ay, Señor, si se parece a tío Nicolás —exclamó, juntando las manos como para orar—. Si tiene sus ojos, dime, niña, ¿a que mira como él?

Lo sentaron a una mesa coja sobre la que le sirvieron un plato de sopas de pan, y le hicieron compañía a la espera de que llegaran los hombres. La aparición de un primo lejano de Neftalí, que no debía de rebasar los catorce, sirvió para aliviar la atmósfera; el chico pidió a Neftalí noticias de pumas y cocodrilos que él sabía abundantes en América, indagó la descripción del

barco –cuántos mástiles, forma de las velas, calado y número de bodegas–, y le extrajo relatos de horriblos naufragios y de tiburones con eslora de buque que destrozaban las quillas con sus tremendas dentelladas, historias que Neftalí fue hilvanando para satisfacer a la audiencia, viendo que, aunque por él no parecían interesarse demasiado, sí escuchaban con suma atención las descripciones de esos mundos que ellos suponían llenos de aventuras y promesas, sin que la llegada de Neftalí pareciese desmentir sus expectativas. A cambio, a él le contaron historias de lobos que bajaban a los poblados en las noches de invierno y de águilas que eran capaces de transportar por el aire ovejas adultas e incluso algún niño chico si se descuidaba la madre.

Al anoecer llegaron los hombres.

–Viene de América –les anunció la anciana nada más entrar. Ellos le saludaron sin recelo ni entusiasmo. Cenaron juntos mientras proseguían los relatos exagerados de ambos mundos, hasta que el más viejo decidió abordar el tema de mayor urgencia.

–¿Con qué intenciones has vuelto?

–A buscar fortuna –resumió Neftalí, que no quería aún informar de su carácter de fugitivo.

–Pues poca vas a encontrar aquí –repuso el anciano. Y Neftalí oyó a la mujer joven, o que debía serlo, a pesar de sus arrugas y mirada apagada, pues tenía aún un cuerpo derecho sostenido por carnes firmes y con olor joven– que susurraba a sus espaldas.

–Lo veía venir. Este lo que quiere es la herencia.

No volvieron a sacar el tema. Nadie le ofreció quedarse ni ayudarle en sus afanes. Lo trataron con la cortesía y el desapego que les habría merecido un viajero cualquiera. Pusieron en la cocina un jergón y una palangana con agua. A la mañana siguiente, Neftalí dio las gracias sin especificar por qué, prometió escribir y dar muchos saludos a la familia en Cuba. Esa misma noche estaba de regreso en Barcelona.

Durmió en el puerto dos noches asustado por los recuerdos de la huida y el presagio de un futuro de mendigo o delincuente. Eludió por el día la cercanía de los guardias y las miradas de las mujeres, como si se avergonzase ya de su historia. Cuando excepcionalmente alguien entabló conversación con él a la puerta

de un café de la calle de la Llibreteria, junto a la catedral, donde Neftalí consideraba la posibilidad de iniciarse en la mendicidad, y cuando ese alguien, que resultó ser un capitán de permiso, le ofreció ingresar como voluntario en el Grupo Escuela de Información y Topografía de Artillería, Neftalí: aceptó las monedas del desconocido, que debían servirle para pagar el tren hasta Madrid y dormir una noche en una pensión barata, y se alistó en el ejército.